

Hacia una histórica relación sentimental de la crítica literaria en estos reinos

I. Pasado

En este siglo, la universalidad chilena —en especial, la Universidad de Chile; también, la Universidad de Concepción— es un agente activo de democratización del país. Al distinguir a las personas por su *saber* y no por su *apellido*, otorga un aura a la clase media chilena, distinguiéndola con el signo de la *aristocracia del talento*. En la senda instaurada por Andrés Bello, promoverá el diálogo entre Ciencia y Humanidades, siendo tolerante en el ámbito del espíritu (ideas políticas y religiosas) y estricta en el saber (conocimiento fundado en la razón).

Este espíritu universitario está inscrito y se despliega en una sociedad de equilibrio inestable, cuyo centro de decisiones es el Estado, orientado por el mecanismo político de la democracia representativa —esquema válido especialmente para los años 1933-1973.

Nuestra historia particular comienza en los años sesenta, cuando la vida cultural y literaria giraba en torno a las universidades.

A la distancia, se distingue con claridad dos generaciones de críticos universitarios¹, y dos tendencias:

1) los maestros de los años sesenta (con una estampa aún joven y promisoría), que proponen métodos estrictos para leer la literatura y escriben obras que se transforman en modelos para la enseñanza y la crítica (destacando aquí la actividad de Cedomil Goic, Félix Martínez Bonatti y Jorge Guzmán), y

2) los jóvenes que recibieron esa enseñanza —la autonomía de la obra de arte, el estudio de la literatura como una estructura de lenguaje—, y dialogaron creativamente con ella, ya sea para continuarla o para desviarse (aquí, por las diversas vías del análisis sociológico marxista).

¹ Hacia 1983, Bernardo Subercaseaux escribe un ensayo de 34 páginas sobre la crítica literaria chilena actual. Es un trabajo de gran interés, al cual hemos acudido en nuestro artículo, especialmente para diagramar esta presentación de la tradición universitaria de los años 60.

Subercaseaux habla de dos generaciones de críticos: «Primero, Félix Martínez Bonatti, Carlos Santander, Pedro Lastra, Cedomil Goic, Jorge Guzmán, Jaime Giordano, Juan Villegas, Guillermo Araya, Alfonso Calderón, Hernán Loyola, Wilfredo Casanova, Mario Rodríguez, y luego una generación algo más joven, entre los que se cuentan Jaime Concha, Luis Vaisman, Ariel Dorfman, Luis Iñigo Madrigal, Antonio Avaria, Federico Schopf, Antonio Skarmeta, Luis Bocaz, Nelson Osorio, Leonidas Morales, José Promis, René Jara, Mauricio Ostría, Lydia Neghme, Marcelo Coddou y Ramona Lagos» (Transformaciones de la crítica, p. 5).

Tres nombres fundan un linaje en los años sesenta: el teórico Félix Martínez Bonatti (*La estructura de la obra literaria*, de 1960) y los críticos Jorge Guzmán, que usó esa teoría en literatura española (*Una constante didáctica-moral del Libro de Buen Amor*, de 1963) y Cedomil Goic, que la aplicó a nuestra novela (*La novela chilena*, de 1968, y la *Historia de la novela hispanoamericana*, de 1972).

En *La novela chilena*, Goic resume así los supuestos de este linaje: «concepción de la obra literaria como estructura de lenguaje, concepción de la literatura como esfera autónoma, concepción de una conciencia estructuralista, actividad intencional del espíritu que descubre estructuras en la realidad» (pp. 15-16). En su *Historia* propone el estudio diacrónico de la novela atendiendo a su estructura narrativa y al modo de representación de la realidad: «agregamos en esta historia la correlación [de la estructura de la novela] con el modo de representación de la realidad, que abre la relación con series no literarias de momentos configuradores del género y de la obra particular» (p. 13).

Este abordaje a la obra como signo histórico fue considerado insuficiente por muchos jóvenes investigadores de la época (y tenían razón). Sin embargo, no se alcanzó a escribir en Chile (¿habrá que hablar aquí sólo en el tiempo pasado?) una *Historia* magna basada en códigos sociológicos (marxistas). Estos maestros de los años 60 tuvieron la ardua tarea de desterrar de la enseñanza la mirada impresionista sobre la literatura. En ese contexto, no debe sorprender el rigor matemático y la hipercorrección de su lenguaje expresivo (por cada frase, una idea, como reza la RAE). Inauguraron los tiempos de la ciencia literaria.

Los más jóvenes, primero estudiantes y luego profesores (al final de la década) responden impulsivamente a los estímulos continentales de la revolución cubana y a los llamados locales de la «revolución en libertad» (gobierno de Frei entre 1964 y 1970) y la «revolución popular» (gobierno de Allende). La Reforma Universitaria (años 67 y 68) genera un clima de gran libertad creativa y crítica, que se desgastó con los años, al retroalimentarse sólo de la contingencia política.

En la vida nacional, las universidades actúan como vanguardias políticas y culturales, y el intelectual universitario —en especial, aquel vinculado a las Letras y a las Ciencias Sociales— se transforma en un agente de cambio social. Vinculado a una causa generalmente política (pues ése era el vehículo que la sociedad propiciaba para comunicarse con el colectivo social), pero también culturológica, este profesor (este intelectual) habla de literatura en los medios de comunicación (es bienvenido en el periodismo y en la televisión), toma decisiones en el ámbito editorial y diseña los textos escolares. Su tarea consistía en democratizar la cultura y eso se realizó con idealismo y creatividad²

Hemos elegido tres libros como signos de esta nueva generación de estudiosos: *Imaginación y violencia en América* (1970), de Ariel Dorfman, *Neruda (1904-1936)* de Jaime Concha, y *Para leer el pato Donald* (1973) de Ariel Dorfman y Armand Mattelart³.

² Recordemos —y otorgamos aquí datos expuestos y desarrollados en el trabajo de Subercaseaux— el trabajo editorial de Pedro Lastra (en *Universitaria*), Hernán Loyola (en *Nascimento*), Nelson Osorio (en *Universitaria de Valparaíso*) y de Jaime Concha y Alfonso Calderón (en *Quimantú*). Y el trabajo periodístico de Luis Ñiño Madrigal (en *La Nación*), Hernán Loyola (en *El Siglo*), Alfonso Calderón (en *La Quinta Rueda*) y de Federico Schopf y Antonio Skarmeta (en *Ahora*). Y el trabajo televisivo de Ariel Dorfman (en *Canal 9 de Santiago*) y de José Promis (en *el canal de Valparaíso*).

³ Hay trabajos muy creativos, plenamente vigentes hoy, en torno a la obra poética de Neruda (hechos por Hernán Loyola y por Mario Rodríguez) y de Parra (de Mario Rodríguez, de Hugo Montes y, entre los más jóvenes, de Federico Schopf).

Si en *Imaginación* se inquiera sobre la identidad histórica y cultural del hombre americano, desde el estudio de su narrativa contemporánea, en *Neruda*, se reflexiona sobre la lírica, la cultura y la política nacionales, desde una interpretación marxista de la historia. Ambos libros, escritos en un estilo ensayístico, vinculan de un modo creativo y problemático la literatura y la sociedad, ignorando las pautas propuestas por los «científicos» de la literatura.

Pato Donald es un trabajo interdisciplinario: un sociólogo y un crítico literario traducen el significado subliminal (ideológico, sexual, cultural), «imperialista», de las revistas de Walt Disney. Muchos jóvenes investigadores se abocarán en seminarios al estudio de la subliteratura y, más en general, de los *mass media*, esbozándose así una nueva imagen para la literatura y la crítica literaria —la cual desapareció cuando el proyecto político y cultural que la sustentaba se frustró.

Resumamos: dos generaciones y dos tendencias, que hacia 1973 convivían *entreveradas* en un mismo espacio cultural, con lúcidas críticas de los unos a los otros (acusaciones de formalismo, de sociologismo vulgar), teniendo algunos una obra ya quedaba en el pasado, y los otros, todo el futuro por delante...

II. Presente

1. Las aulas

En septiembre de 1973, las universidades fueron acupadas militarmente. Los profesores de izquierda fueron detenidos, expulsados o acosados. Salvo excepción, todos los comunistas fueron expulsados; hubo también mucha gente joven que perdió sus cargos. En los siguientes años, muchos universitarios emigraron (principalmente a USA); pero también hubo muchos, de real jerarquía, que continuaron sus labores, imbuidos de un espíritu académico algo antiguo (el pensamiento tradicional de Bello y de Rodó), pero que con el correr de los años probó su eficacia.

Acaso sea posible distinguir dos etapas en el círculo universitario de las Letras:

- 1) una lenta recuperación de su espíritu crítico y creativo, a través del énfasis otorgado a la excelencia académica y al trabajo en equipo (1973-1981), y
- 2) una lenta recuperación de su espíritu nacional; es decir, de su capacidad de otorgar mensajes culturales al colectivo.

Durante una primera etapa, se propone un nuevo paradigma de científicidad, adscrito a la semiótica y, muy especialmente, al estructuralismo literario francés. Esta teoría tiene gran importancia en la formación crítica de profesores y alumnos. Dos textos resumen sus postulados y sirven de guía para todos: *El estructuralismo literario francés* (1979) de Roberto Hozven, profesor de la Universidad de Concepción, y *Estilo-Texto-Escritura* (1981) de Carmen Foxley, de la Universidad de Chile. El estruc-

turalismo tuvo la virtud de crear entusiasmo y polémica, además de generar un trabajo de escritura, que derivó en una serie de artículos (felices algunos, infelices otros). En general, se le aplicó mecánicamente, tomando sus supuestos como si fueran las Tablas de la Ley. Aún así, sirvió para otorgar una formación académica estricta (es decir, desligada del juicio impresionista) al estudiante de castellano, ampliar el canon de los estudios literarios (se incluyó el relato oral), y para proponer lecturas creativas en el ámbito hispanoamericano (particularmente, sobre la obra de Jorge Luis Borges).

Esta recuperación de la imagen universitaria, a través de un trabajo de excelencia académica —que incluye la dictación de programas de postgrado y el estorzado mantenimiento de revistas tales como *Revista Chilena de Literatura*, *Acta Literaria*, *Estudios Filológicos* y *Taller de Letras*—, tiene su corolario en la formación de una Sociedad Chilena de Estudios Literarios, la Sochel. Esta se organiza entre 1979 y 1981 y logra agrupar mágicamente a toda la comunidad crítica universitaria del país, siendo el grupo de académicos de la Universidad de Concepción (Luis Muñoz, Mario Rodríguez, Roberto Hozven, Mauricio Ostría, María Nieves Alonso, Lilianet Brintrup y muchos otros) el más homogéneo y con más espíritu. Sochel organizará periódicamente congresos, eligiendo cada vez como sede una universidad distinta y publicando las actas respectivas.

Con Sochel comienza una segunda etapa, de reafirmación, que inserta a la comunidad universitaria de un modo menos pasivo en el devenir sociocultural del país.

Durante el transcurso de la década del 80 se produce un paulatino descongelamiento de los códigos de censura psicológica en la gente universitaria de Letras, lo cual se hace evidente en el espíritu de sus revistas —siendo ejemplo de disidencia académica la gestión del profesor Luis Muñoz como director de *Acta Literaria*, y también, la del equipo editorial de *Revista Chilena de Literatura*.

La apertura de este discurso crítico universitario al colectivo es, sin embargo, parcial: sus revistas tienen una circulación restringida en Chile y su distribución en el extranjero es azarosa; a los profesores les cuesta salir de sus claustros (es decir, tampoco circulan mucho) y, como el común de los mortales, tienen una actitud algo asustadiza ante la contingencia. Consignaremos tres libros de crítica, que generan una continuidad con el legado universitario de los años 60.

Diferencias latinoamericanas (1985), escrito por Jorge Guzmán, propone hacer uso de las teorías en boga solo «con el expreso propósito de responder por lo que de específicamente regional haya en las obras literarias hispanoamericanas» (p. 8). Antiguo estudioso de literatura española medieval, Guzmán cambia de área (lo que no es poco decir), dedicándose a un análisis cuidadoso de los textos, según métodos consagrados.

Escritos de varia lección (1988) de Mauricio Ostría, es un recopilación de ensayos selectos, escritos a través de los años de docencia universitaria, que aparecen «muy vinculados por el común esfuerzo de inquirir, explicarme y explicar el fenómeno del lenguaje como actividad concreta, como actividad fantástica, como expresión de his-